

La evaluación de Patricio Aylwin, ex Presidente de la República

“Hay cierto fariseísmo...”

MARIA EUGENIA CAMUS

A “don Patricio” le preocupa que los valores del humanismo se hagan agua frente a los del materialismo, que excepto por el movimiento ecológico y algunos ideales religiosos, no haya más. A tratar de reflotarlos para un

país que concentra los escrúpulos morales en valores vinculados a la sexualidad y la familia, que no se espanta con las nulidades pero sí con el divorcio, dedicará el año que viene, después de un prudente receso político.

Los ex presidentes son como los jarrones chinos. Se les aprecia mucho, pero no hay donde ponerlos. Con su risa característica, Patricio Aylwin recuerda que fue el Presidente venezolano Rafael Caldera quien le dijo esta frase. Y él se la repitió a sus ex colaboradores hace unos días, en una comida de fin de año. Curiosamente, en uno de los estantes de su oficina —la que algunos todavía llaman La Moneda chica— hay un pequeño jarrón que le regaló el Presidente de Malasia. Pero está muy bien ubicado, en medio de sus libros y fotos que dan cuenta de su larga vida dedicada al servicio público y que culminó con su exitosa gestión como estadista. En ese lugar, el ex Presidente escribe, prepara documentos para la Cumbre de Desarrollo de abril y piensa sobre su futuro quehacer.

Se ve relajado y satisfecho con el año que pasó y en donde tuvo una inmensa actividad. No ha vuelto a tomar horchata, la que para él está ligada a los tiempos del Senado y de La Moneda, muchos años antes del 73. Con humor recuerda el día que, estando ya en la oficina presidencial, le sirvieron su primer té. Le preguntó a un sorprendido sargento encargado de la cocina, que no conocía esta tradición: “¿Y dónde está la horchata?”. Entonces dio una de sus primeras instrucciones como dueño de casa: “No, pues, a partir de hoy tenemos horchata”. Autocrítico, dice que le ha faltado ocurrencia en estos meses para comprarla y seguir tomándola en su casa. Confiesa que lo único que echa de menos son sus fines de semana en Cerro Castillo, pero que no le hace falta el poder. No se enoja con los cómicos que lo imitan, aunque cree que no le han *achuntado* demasiado. Riéndose dice que quien se mete en la vida pública tiene que estar dispuesto a que se rían de él.

—¿Sabía que en muchas reparticiones públicas mantienen su foto en las oficinas?

—He oído eso y he advertido en la calle, cuando me encuentro con gente dentro y fuera del país, que me tienen cariño. Es satisfactorio para mí. A veces me llega a conmovir, porque la gente es muy generosa.

—¿A qué atribuye usted ese afecto?

—Me lo explico por algo que suelo decir. Creo que este país llegó a un momento en que se

saturó de sus divisiones internas, de tanta pelea de chilenos contra chilenos, tanta descalificación, odios, persecución. No quería más guerra. En mi campaña y sobre todo en mi gobierno, interpreté ese anhelo. Por eso en el discurso del Estadio Nacional dije que aspiraba a ser como un buen padre de familia y la gente percibió que en mi conducta había consecuencia. Ahora me sienten como un papá viejo que trató de cumplirles; por eso me tienen cariño.

—¿En qué minuto se dio cuenta de que junto con el rol distante del gobernante debía asumir el del padre de familia?

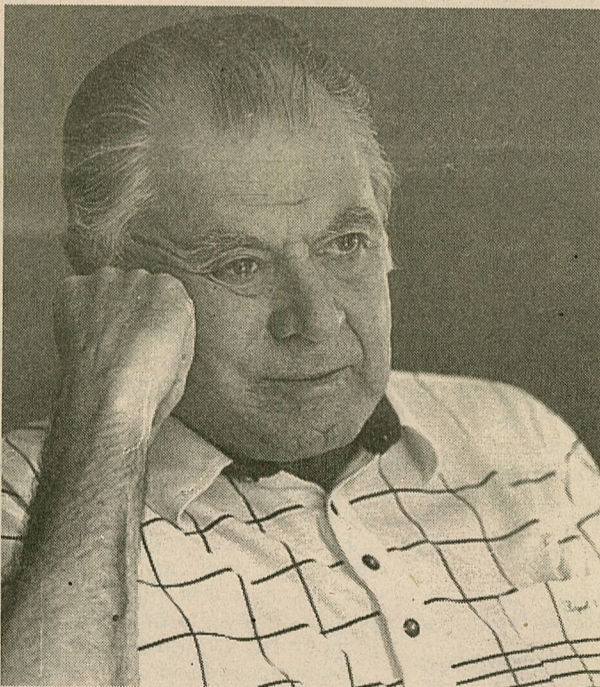
—Yo distinguiría dos etapas en este proceso. La primera fue la de la reconquista democrática, cuando el país, al optar por el NO, dijo que quería cambiar. Indudablemente esa campaña fue confrontacional, pero no odiosa. Más bien rechazamos el odio de los planteamientos que veíamos en el otro lado. Después vino la campaña presidencial que se dio en un doble plano; por un lado avanzar en la decisión democrática con todos los cambios que ello implicaba, y por otro llamar a los chilenos a un reencuentro. En ese sentido interpretamos ese sentimiento de cansancio del odio y fue fundamental el reconocimiento del derecho a la diversidad, buscar la unidad sobre la base de este respeto.

—Había mucha gente de izquierda que le tenía desconfianza. ¿Cree que logró limar ese sentimiento?

—Mire, sobre eso pienso escribir en algún tiempo más. Pienso que la etapa más importante en la gestación del proceso que vivimos durante mi gobierno se realizó durante el régimen militar, a partir de la creación del Grupo de los 24. Eso marcó un cambio de orientación de los sectores de izquierda y demócratacristianos e incluso algunos de origen conservador y liberal, que buscamos el reencuentro entre quienes nos oponíamos a la dictadura. No hicimos una catarsis, pero sí algo parecido a un examen de conciencia, de ponerse en el lugar del otro, de tratar de entendernos recíprocamente. Después vino la Alianza Democrática, la Asamblea de la Civilidad, el Comando por el No.

—Es decir, ¿con quien primero se reconcilió fue con sus aliados de la Concertación?

—Fue un proceso muy rico de entenderse recíprocamente. Un implícito perdón de las ofensas que nos pudiéramos haber inferido. Eso dio origen a una nueva realidad que es la que explica el origen y solidez de la Concertación. Nos dimos cuenta de que era mucho más lo que nos unía que nos separaba. Vivimos obnubilados en esquemas ideológicos que nos pusieron en posiciones muy adversas. Para ser franco, yo creo que también influyó mucho en este entendimiento la



valorización, de parte de los sectores de izquierda, del concepto de libertad y democracia que ellos antes descalificaron. Reconocida la importancia de la democracia representativa con todas sus limitaciones y defectos, nos encontramos con que habían otras cosas que nos unían: más justicia social, luchar para que el modelo económico se humanizara.

—Pero el derrumbe de los muros también hizo que valoraran el mercado.

—A diferencia de lo que ocurría hace diez años, en que el mundo socialista tenía un modelo colectivista y estatizado, y los demócratacristianos un modelo utópico de sociedad y economía comunitaria, terminamos por admitir, aunque nos duela y no nos guste, que la economía de mercado basada en la propiedad e iniciativa privada, parece ser la más eficiente. Sin embargo, tenemos rechazo al neoliberalismo, al

mercantilismo excesivo, el capitalismo salvaje, como dice el Papa. Creemos que el Estado debe intervenir, que hay que preocuparse de la justicia social, que el modelo de mercado debe ser corregido por la propia sociedad civil, el Estado y por la participación organizada de los trabajadores y del mundo social.

—¿Usted cree que en Chile están vigentes e incorporados a las conductas de las personas los valores humanistas, o más bien cree que en Chile hay un capitalismo salvaje?

—Considero preocupante este tema. Uno de los mayores desafíos

que tenemos como país es que la gente tome conciencia de lo que está en juego y de la importancia de los valores humanistas, democráticos y éticos que, en mi concepto, están siendo olvidados.

—Durante su gobierno se acuñó la categoría de “jaguar” para describir el estado de la economía chilena. En estos días hay muchos jaguares que ya se sienten socios del Nafta. ¿Cómo interpreta usted estas conductas?

—Creo que vivimos en una sociedad muy materialista, exitista, competitiva. Y la ganancia, el triunfo, son fundamentalmente económicos. Los triunfadores son los que logran acumular o manejar dinero, tener poder que deriva de allí. Esto obnubila a la gente, la que en niveles más modestos los traduce en más consumismo. Tener más cosas, acceder a la mayor cantidad posible de bienes. Eso está impregnado a toda la sociedad, en todas sus capas sociales. Ante la avalancha que significa la propaganda comercial, que se mete en la casa de la gente más modesta a través de la televisión, lo único que ellos ansían es tener más cosas. Todo esto tiene una consecuencia muy negativa. La gente no aspira a ser más, sino a tener más.

—¿Quiere decir que en lugar de imponerse los valores humanistas, se están imponiendo los del “mall”?

—Yo he criticado el mall de “arriba”, porque me parece desproporcionado para un país pobre como el nuestro. Estos jovencitos —y algunos no tanto— a los que

se les han ido los humos a la cabeza y que hablan de tigres y jaguares nos hacen un gran daño. Chile es un país en desarrollo, con 4 millones y medio de pobres, con un ingreso *per capita* de 3 mil dólares. Comparativamente con los tigres y jaguares que tienen de 10 mil dólares para arriba es muy pequeño. Estas actitudes nos dan una fama en Latinoamérica que nos hace daño como país. Se hace ostentación de una superioridad que es muy relativa. Tener esas actitudes es perder la noción real de lo que es nuestro país. La historia chilena nos lega tradiciones de sobriedad, capacidad de esfuerzo, trabajo y modestia. Eso lo estamos perdiendo y me preocupa.

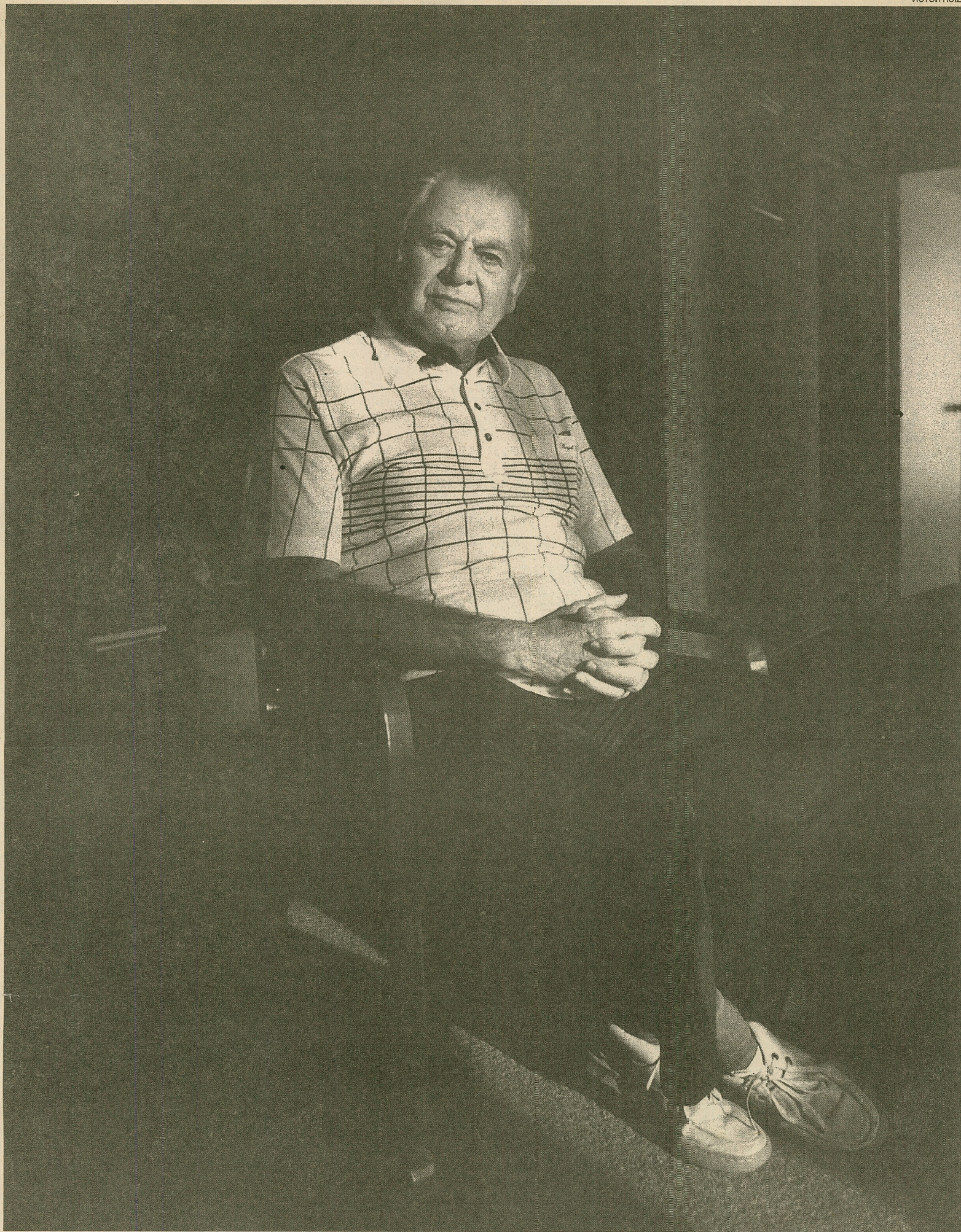
—¿Cuáles serían las causas de este cambio de personalidad de nuestro país?

—Creo que éste es un fenómeno mundial, donde las motivaciones del común de los mortales son el anhelo de bienestar material. Otros valores e ideales se han dejado de lado. Salvo el movimiento ecologista que defiende la naturaleza y los recursos naturales y algunos ideales religiosos en sectores más o menos limitados, no hay más. La propia religión no obliga demasiado.

—Pero la Iglesia Católica chilena se ha puesto muy severa, particularmente respecto de la vida sexual y familiar de las personas.

—Y habla poco de que “los pobres no pueden esperar”, como dijo el Papa. Lamentablemente, creo que este economicismo imperante, esta tendencia hedonística de vivir y pasarlo bien, tiene impregnada a la sociedad entera. Hay gente que, habiendo entrado en eso, reserva sus valores éticos exclusivamente para la vida familiar y la moral sexual. Es gente a la que no le espanta la enorme diferencia entre los ricos y los pobres. No le espanta que el 20 por ciento más rico de la humanidad reciba el 87 por ciento del ingreso y el 20 por ciento pobre reciba el 1,3. Dice “pobres ha habido siempre, así es la vida”. No le espanta la diferencia de nivel de vida que existe en nuestro país entre quienes viven y compran en el mall del barrio alto —que a mí no me gusta— y los que viven en Huechuraba. Tampoco le espantan, para ser franco, las nulidades de matrimonio, pero le parece un escándalo que haya una ley de divorcio que regule esta situación. No soy quién para juzgar al prójimo, pero hay cierto fariseísmo. Se concentran los escrúpulos morales en los valores vinculados con la

VICTOR RUIZ



sexualidad y la familia y hay manga ancha en lo relacionado con el manejo de los bienes y la justicia social.

—¿No son expresiones de autoritarismo querer imponer un solo criterio en temas relacionados con la libertad de las personas y su vida sexual o familiar?

—Más que autoritarismo pienso que tal vez es una compensación. Cuando se relaja por un lado, se trata de ser más severo por el otro. Entonces, el subconsciente de este mundo relajado en cuanto a consumismo, a riqueza y bienestar económico, busca dónde afirmar otros valores. Lo

hace en lo relacionado con la familia y la vida sexual. Es una forma de equilibrio equivocada para no cuestionarse sobre el poder material.

“Simple ciudadano”

—Usted estuvo en la cúspide del poder. ¿Cómo enfrentó esa seducción? ¿Pudo relacionarse equilibradamente con él?

—El poder seduce, corrompe. Hay muchas frases que describen esa relación y generalmente los políticos aspiramos al poder. En

mi caso, siempre he sentido que el poder da medios para poder hacer las cosas. Desde un ángulo personal, —puede parecer extraño, ingenuo o farsante—, la verdad es que nunca me sentí diferente por el hecho de tener el poder de Presidente de la República y traté de ejercerlo en lo que fuera estrictamente necesario para los objetivos de mi gobierno; servir a Chile. Nunca sentí ninguna satisfacción especial en detentar y ejercer poder. Más bien lo compartí con mi equipo.

—¿Qué lo impactó más en sus primeros días como Presidente?

—Lo que más me emocionaba

era, cuando salía al extranjero y me rendían honores. Cuando llega un Presidente hay un regimiento que lo hace y ejecuta el himno nacional. Yo asumí el 11 de marzo y el 14 estaba en Brasilia para la asunción de Collor. Entonces, bajé del avión y me rindieron honores. Yo me pellizcaba las piernas y me decía: “¿Seré yo?”. También me emocioné la primera vez que el ejército me rindió honores. Provoca un cierto grado de satisfacción, quizás de vanidad, pero le aseguro que al poder lo vi siempre como el instrumento para hacer toda la gigantesca tarea que tenía por delante.

—¿Cuesta dejar el poder?

—A mí, por lo menos, no me ha costado en absoluto. Lo único que echo de menos es el Cerro Castillo. (Se ríe y agrega). Y no es lo mismo estar de dueño de casa que llegar como invitado. Pero el rango de Presidente y todo lo que comporta, de que lo distinguen a uno, que lo pongan en primer lugar, para nada. Yo entiendo —y es muy humano— que haya gente que incorpore todo esto a su personalidad, que le ayude a mejorar su autovaloración y que echen de menos todo esto cuando lo pierden. Pero mi caso y no es pose, me siento hartito mejor, libre de las responsabilidades del poder, como simple ciudadano.

—Pero, ¿está consciente de que usted nunca más va a recuperar su calidad de simple ciudadano?

—Si y eso me limita bastante porque siento que tengo que ser muy cauto en lo que digo, porque determinadas cosas pueden crear imágenes y realmente no tengo ninguna ambición de volver a tener funciones políticas importantes en este país. Si espero que el ascendiente que quizás conquisté entre mis compatriotas, pueda usarlo por la vía del raciocinio, en torno a las cosas que me preocupan, por ejemplo para expresar mis reflexiones en torno a esto que acabamos de analizar: el materialismo, el consumismo, el hedonismo que caracteriza a la sociedad moderna.

—¿No es la mejor forma de sintonizar con los jóvenes, mujeres, intelectuales que hoy prefieren hablar de esos temas más que de los políticos contingentes?

—Estoy en eso porque siento que son los temas más importantes y que responden a mi formación humanista cristiana. Si me tengo que definir, le digo que aspiro a ser un buen intérprete de los valores del humanismo cristiano. Un hombre que cree en la persona humana, en la dignidad. Que siente que todos somos hijos de un mismo Padre y en consecuencia hermanos, llamados a construir el mundo y dominar la naturaleza al servicio del hombre. En el Padre Nuestro decimos: “Venga a nosotros Tu reino”, es decir este debe ser inspirado en los valores del evangelio. Creo que debemos ser artífices en la construcción de este reino. Trato de ser consecuente con eso que rezo todos los días.

—¿Cuál fue el momento que más lo marcó durante los cuatro años que fue Presidente?

—Desde luego la toma de posesión y todo lo que pasó allí. Incluso ese gesto que le hice al general Pinochet cuando me puse la banda presidencial. Me salió espontáneo, como diciéndole: “Mire en la que estamos y cómo son las cosas”. Pero fue un momento de mucha emoción. También hubo momentos más complejos, de definición. El más importante —en el que me mantuve firme en mis convicciones y en lo que debía hacer— fue la conformación de la Comisión Verdad y Reconciliación.

—¿Sufrió muchas presiones, que subraya que se mantuvo firme en su convicción?

—Había dudas, fuerte oposición. Pero tenía claro qué hacer y no cedí. Entonces, cuando di a

conocer los nombres de quienes integrarían la comisión y cuando di a conocer el informe, fue muy emotivo.

—¿Por qué lloró al pedir perdón?

—(Con voz quebrada dice). Todavía me emociono. Creo que fue un momento muy decisivo para este país y la gente lo sintió así. En alguna medida sirvió para que los sectores que sentían rechazo, pudieran reconocer la sinceridad de mi posición. La actitud de un gobernante sincero puede hacer que los más duros lo respeten. Y en el mundo de las víctimas sirvió para que sintieran que, si no se llegaba a todo lo que ellos querían, no sería por falta de voluntad del gobierno. Y que yo procuraba entenderlo y era solidario con ellos. Así es.

—Usted ha dicho muchas veces que la vida tiene que hacerse sobre la base de reconocer la verdad. ¿No siente frustración por no haber logrado en su gobierno terminar de recorrer este camino a la verdad?

—Yo he dicho muchas veces que lo único que permite vivir en paz y cultivar relaciones de confianza es el respeto por la verdad. Lo que más hace perder la confianza es cuando uno pill a alguien en mentira. La relación de pareja, como se llama ahora, se funda en la confianza recíproca y si uno pill a otro en mentiras, esa confianza se pierde. Queda mucho por recorrer en el camino de la verdad, en Chile y en todas partes, pero yo estoy en paz.

—Mucha gente ha dicho que esta es una sociedad hipócrita, que no se relaciona con franqueza, ¿comparte ese juicio?

—Hay maneras y maneras de decir la verdad. Cuanto ésta afecta sensibilidades, es bueno expresarla de forma que pueda herir lo menos posible. Lo peor es el fari-seísmo del que se cree dueño de la verdad, pontifica y descalifica a los otros como equivocados. Debemos defender los fueros de la verdad, con respeto al próximo y con modestia.

—¿Cómo Presidente, supo si sus colaboradores le ocultaron algunas verdades?

—Es probable. Precisamente en estos días supe, a propósito de algo que ocurrió en Magallanes y que anunciaron con caracteres de escándalo, que un funcionario me envió una carta que mis colaboradores estimaron muy insolente y que no me mostraron. Yo me enteré ayer, a raíz de una denuncia hecha por unos diputados respecto a una venta de tierras a un precio irrisorio. Yo, que no sabía nada, llamé al intendente y al ministro de Bienes Nacionales. A mis subalternos. La información que me dieron me dejó tranquilo respecto a lo que había ocurrido. Estas ventas se hicieron bajo el régimen anterior. En un caso el Ministro se negó a firmar la escritura, pero fue obligado por un fallo de la Corte, porque estos bienes son del Estado y hay una continuidad en los compromisos del Estado. Como aparecía el seremi de la época involucrado y siendo el denunciante, señalando que se le había pedido la renuncia a raíz de esto, este caballero me mandó una carta muy insolente. Entonces guardaron esa carta para no hacerme pasar un mal rato. Indudablemente que dentro

de los colaboradores del Presidente hay una tendencia a evitarle pasar malos ratos, a plantearle las cosas del modo menos difícil posible. Sin embargo, en mi gobierno hubo una relación de mucha franqueza, amistad, comprensión mutua y confianza muy grande.

A Dios le pediría...

—¿Nunca tuvo motivos para cambiar a alguien en su gabinete?

—Uno de los pilares del éxito de mi gobierno fue la calidad y homogeneidad de los equipos. Siento satisfacción de ser el único Presidente de la historia de Chile que terminó su gobierno con casi todo el equipo con el que lo inició. A mi me echan tallas de que yo no cambio a la gente que trabaja conmigo, que nunca en mi casa ha cambiado la señora de la cocina. Pero es cierto, conmigo y con mi mujer la gente dura; nos acomodamos a ellos y los entendemos. En mi gobierno hubo una relación de confianza y amistad con mi equipo, mis ministros y colaboradores. Y ellos sabían que lo que más me habría molestado, habría sido que no me dijeran la verdad. Además tenía un trato muy permanente con todos.

—¿Todos sus ministros dejaron de tutearlo el 11 de marzo del 90?

—Todos. Ahora algunos todavía me dicen Presidente, otros don Patricio y otros me tutean, según el grado de confianza y la personalidad de cada cual. Tuve la suerte de encabezar un equipo que se conformó durante mucho, mucho tiempo. Algunos, como Enrique Krauss, eran amigos de más de 30 años, alumno mío en la universidad. Y buen alumno. Ricardo Lagos, Jorge Arrate y René Abeliuk habían sido alumnos míos en el Instituto Nacional y en la Escuela de Leyes. Con Enrique Correa había trabajado antes en el partido. Peleamos antes, pero teníamos una empatía, una relación. El dice que se decidió entrar a la Falange cuando tenía 14 años y me oyó decir un discurso. Indudablemente mi círculo más íntimo eran Boenninger, Correa y Krauss.

—¿Ese era su círculo de hierro?

—No hubo círculo de hierro en mi gobierno. Me veía mucho con todos. Con algunos tengo más intimidad y había otros que, por la naturaleza de sus funciones, estaban más cerca mío. Había un quehacer más cotidiano. Desde luego el equipo político donde se agregaba Patricio Rojas. Yo citaba siempre a Ricardo Lagos, porque me interesaba conocer su opinión, también a

Jorge Arrate, a la gente del sector económico. Tenía una relación muy fluida y amistosa con todos ellos. Con Enrique Silva, hemos recorrido una vida juntos. Pero partimos peleando.

—¿Cómo fue eso?

—Hace mucho de eso. Disputamos la misma cátedra. Yo era profesor interino y él era ayudante. Se llamó a concurso para tener

■ *“Terminamos por admitir, aunque nos duela y no nos guste, que la economía de mercado basada en la propiedad e iniciativa privada, parece ser la más eficiente. Sin embargo, tenemos rechazo al neoliberalismo, al mercantilismo excesivo, el capitalismo salvaje, como dice el Papa. Creemos que el Estado debe intervenir, que hay que preocuparse de la justicia social, que el modelo de mercado debe ser corregido por la propia sociedad civil, el Estado y por la participación organizada de los trabajadores y del mundo social”.*

la titularidad, los dos dimos examen, quedamos seleccionados y la facultad tuvo que resolver. Se dividió según la expresión de un profesor de la época en moros contra cristianos. Finalmente él salió elegido y yo me sentí agra-



viado. Partimos mal, pero luego la facultad me nombró a mi y tuvimos clases paralelas desde el año 50. Nos entendimos muy bien, no nos rajábamos los alumnos, sino que cada uno respetaba cómo enseñaba el otro.

—Sus colaboradores dicen que se da el tiempo de preocuparse de los problemas personales de la gente que trabaja con usted.

—Pero es que un equipo es como una familia y todos somos seres humanos. Tiene que haber una relación que vaya más allá de lo meramente oficial. Por lo que

tengo entendido, los manuales modernos de manejo de empresas, recomiendan que los ejecutivos se preocupen de sus colaboradores, de todos sus empleados. En mi caso, porque me nace y no por seguir un manual, me preocupa la situación personal de la gente y trato de comprenderlos, aunque soy poco efusivo.

—También dicen que cuando se enoja, asusta.

—Así es. Pero se me olvida con tanta facilidad como me enoja, aunque no me arrepiento de haberme enojado, salvo en algunas ocasiones en que exageré.

—¿Se ha enojado con la señora Leonor? Porque sus amigos dicen que es un eterno enamorado y que hasta ahora se pone melancólico cuando deja de verla por algunos días.

—Bueno eso es cierto. Llevamos casados 46 años. Yo me casé viejón, de 29 años. La Leonor tiene un carácter muy afable y la gente no cree, pero la verdad es que no hemos peleado nunca. A veces hemos estado en desacuerdo, pero de acostarnos peleados, nunca. Es raro, pero ha sido así, nos entendemos muy bien.

—¿Como papá fue muy estricto?

—Con los mayores fui más estricto. Con la Mariana sobre todo. Pero a medida que iban naciendo me ponía menos estricto. En eso de las horas sí que fui bastante exigente, también en los deberes escolares, en los hábitos, en el respeto a los mayores. Esas cosas de las familias tradicionales que algunos conservamos.

—¿Cómo se siente con su hija Mariana como diputada?

—Es un motivo de satisfacción y de estímulo que mis hijos, en mayor y menor medida, con énfasis propios, compartan mis ideales de servicio público, mi visión del mundo y de los problemas en el ámbito social. Me gusta que luchan por lo mismo y respeto la vocación de cada cual. Me complace ver a la Mariana en la Cámara, igual que ver cómo Isabel se juega por las cosas en sus labores de preocupación por los pobres. Miguel, aunque ahora está más dedicado a su profesión, fue presidente de la Juventud. Mi hijo José no es demócrata cristiano y vive en función de las minorías étnicas; se fue a vivir a Temuco. Y Pancho, que fue la guagua, tiene una vocación por la comunicación y su afición futbolística. Me complace verlos.

—¿Y su relación con el general Pinochet? ¿Fue difícil ese encuentro entre ustedes, la primera vez que usted, como Presidente electo, fue a La Moneda?

—Yo le pedí que al entregar la Presidencia, entregara el cargo de comandante en jefe y le di mis razones. Me dijo que no y me dio sus razones. Señaló que, en el interés del país, él era la mayor garantía de estabilidad y respeto al orden constitucional para el nuevo gobierno. Cuando asumí, me fue a ver y me dijo —me

acuerdo como si fuera hoy—: “como militar yo sé mandar y obedecer. Ahora usted es mi jefe y le obedezco”.

—Pero se dio algunas licencias como el “ejercicio de enlace” y el “boinazo”.

—Exactamente, pero en general las relaciones fueron institucionales y se manejaron correctamente por ambas partes. Realmente pienso, aunque en el mundo cuesta mucho entenderlo, y yo comparto la rebeldía de mucha gente frente a lo absurdo que significa que quien tuvo la responsabilidad de dirigir al país en un período en que se cometieron tantas barbaridades y fue titular pleno del poder, dictador, continúe después como subordinado al poder civil. Sin embargo, a lo mejor contribuyó a dar mayor estabilidad al proceso de transición y evitar riesgos de que en Chile surgiera un coronel Rico o un Seineldin como ocurrió en Argentina.

—Después de que dejó su cargo, ¿se ha encontrado con él?

—Mis relaciones con el general Pinochet fueron estrictamente institucionales entre el Presidente y el comandante en jefe del Ejército. Como tal nos respetamos. Cada cual tiene una apreciación de lo que hizo cada uno, pero no tuvimos relaciones personales. No nos hemos vuelto a ver.

—Ahora que no tiene la responsabilidad de ser el Presidente, ¿se deja algo de tiempo para hacer cosas que no pudo en los cuatro años anteriores?

—La verdad es que en los últimos días he reflexionado bastante sobre este tema. Este año viajé demasiado. Por un lado tenía invitaciones, por otro lado la Cumbre, la Internacional Demócrata cristiana. Quiero dedicar más tiempo este año a pensar y trabajar aquí, en la Corporación Justicia y Democracia. Quiero escribir y espero después de la Cumbre centrarme más aquí. Pero pienso que fue bueno estar un poco alejado, porque eso me puso a más distancia de la política contingente. No es bueno que el ex Presidente se involucre mucho en la contingencia. Debe estar lo más al margen posible.

—¿Qué le regalaría a este país?

—Más bien, qué le pediría yo a Dios que le dé a este país. Creo que tener la capacidad de superar el inmediatismo. Que la gente de gobierno y oposición, de los partidos políticos y el hombre común, nos acostumbremos a ver las cosas en su perspectiva y no en función de lo inmediato. El inmediatismo dificulta el entendimiento mutuo. Crea climas de tensión que son falsos. En ese sentido, los medios de comunicación tienen una gran responsabilidad.

—¿Qué tareas debe asumir la Concertación el 95?

—Además de lo que he señalado, ver la manera de cuidar con especial esmero, dentro de la legitimidad de la competencia interna, su mantención. Cultivar el espíritu concertacionista. Soy un convencido de que la Concertación es la única alternativa política de gobierno en Chile que asegura democracia política, crecimiento económico y justicia social. ■